

SESIÓN NECROLÓGICA
EN MEMORIA DEL
ACADÉMICO NUMERARIO
EXCMO. SR. D.
ANTONIO BURGOS BELINCHÓN
6 DE MARZO DE 2025

EN MEMORIA DE UN GRAN CRONISTA Y AMIGO

POR IGNACIO MEDINA FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA,
Duque de Segorbe
Académico de la RASBL

Excmo. señor director de esta Real Academia.
Excmos. sres. académicos.
Autoridades.
Señoras y señores.

Permítanme la licencia de comenzar esta necrológica con un símil taurino, evocando las maneras con las que creo que nuestro homenajeado hubiera abierto plaza. Por ello, he solicitado hacer el papel de alguacilillo en este emotivo acto en el que recordamos al periodista, al escritor y al principal cronista de nuestra ciudad por más de cincuenta años. Con tantos primeros espadas que me sucederán en el uso de la palabra, que glosarán su vasta producción literaria y su monumental labor periodística –por estar bregados en las muchas suertes que Antonio cultivó profesionalmente–, comprenderán que haya preferido limitarme a despejar la plaza y en ella perfilar, en breves palabras, el semblante humano que pervive en mi memoria del amigo del alma con el que compartí tantos momentos inolvidables.

Tuve el privilegio de conocerlo a los pocos días de la creación de la sección gráfica de *ABC*, titulada “Casco Antiguo”, en la que, bajo el machadiano seudónimo de “Abel Infanzón” escribió durante varios años. Desde aquel encuentro

y hasta su fallecimiento, no dejamos de mantener una relación íntima y continua, alimentada por nuestros intereses comunes por la ciudad y por los lazos de afecto con su entrañable entorno familiar, al que, afortunadamente, sigo unido hoy por una amistad tan grata como profunda.

¡Cuántos tesoros del patrimonio material e inmaterial de Sevilla y de su antiguo reino se han salvado gracias a sus innumerables artículos, ora de denuncia, ora de encomio, de una tradición o de un paisaje urbano! ¡Y cuántos personajes ha rescatado del olvido, esculpiéndolos en sus recuadros y transformándolos –de nombres vagos o casi borrados– en figuras vivas, de bulto redondo, que gracias a él permanecerán en la memoria de la historia de Sevilla! Antoñito Procesiones, Vicente el del Canasto y tantos otros, cuya mención sería imposible abarcar aquí.

Nuestra complicidad fue decisiva en la preservación de buena parte de nuestra arquitectura y patrimonio, luchando, hombro con hombro, incansablemente para evitar la desaparición de valiosos vestigios de nuestra historia, salvando edificios que, por diversos intereses, tenían orden de derribo y que, gracias a la presión periodística y a las gestiones personales, conseguíamos paralizar mediante la apertura de un expediente que concluía con su declaración como Monumento. Desgraciadamente, no todos tuvieron un final tan feliz y, pese a nuestros esfuerzos, acabaron derribados, pero era raro el día en el que no comentáramos el recuadro que habría que escribir o la estrategia que tendría que seguirse para salvar de la picota tantísimos edificios amenazados. No obstante, me atrevería a asegurar que la presión que ejerció a través de su acerada pluma y nuestra connivencia en las gestiones ante las administraciones marcaron un antes y un después en la protección del patrimonio local. Entre los edificios que logramos salvar, o sobre los que conseguimos que se reconocieran los valores que justificaban su conservación, figuran el Corral del Conde, los conventos del Carmen y de Santa María de los Reyes, la casa de Hernán Cortés o el Palacio de Altamira –hoy sede de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía–, entre muchos otros.

Recuerdo con especial intensidad aquella comunicación casi diaria que mantuvimos, especialmente durante la época en que *ABC* publicó “Casco Antiguo”. Bastaba con que le sugiriese

ra una idea –aunque fuera vaga– para que, en menos de quince minutos, me devolviera la llamada y me leyera el recuadro ya terminado, perfectamente estructurado, pulido y adornado con su inagotable torrente de ingenio. En ocasiones, solíamos bromear sobre esta capacidad suya para escribir con tanta rapidez y acierto, y para captar al vuelo la esencia de una idea, algo que muchos admirábamos. Le hacía gracia que le dijera –en tono jocoso– que, con semejante talento natural para la expresión escrita y lo mucho que lo ejercitaba jugando a entrelazar ideas con soltura creativa, lo realmente meritorio y admirable habría sido que hubiera destacado como jugador de baloncesto.

Quiero concluir con una anécdota que, además de conservar un cierto aire taurino, refleja el profundo apego que Antonio tenía a esta ciudad. Le habían propuesto debutar en la prensa madrileña, pero, me decía, que a él le daba mucha pereza negociar las condiciones de un nuevo trabajo, por lo que me pidió que le acompañara a Madrid a reunirse con quienes querían contratarlo. Nos alojamos en el Hotel Ritz y, llegado el momento de la cita, me dijo que él no bajaba, que lo hiciera yo solo. Hete aquí que, sin pretenderlo ni preverlo, me encontré haciendo de El Pipo, teniendo que negociar el debut en Las Ventas del maestro más señero de Sevilla. Bajé, entre confundido y temeroso de no saber cumplir con un cometido que jamás había practicado en mi vida. Sin embargo, todo salió a pedir de boca, aceptando sin rechistar todas y cada una de las condiciones que Antonio me había transmitido. Ufano, me fui derecho al teléfono interno del hotel, para comunicarle tan incontestable éxito. Marqué el número de la habitación varias veces, sin obtener respuesta. Extrañado, me dirigí a la conserjería, donde me informaron que ya había abandonado el hotel y me entregaron una nota lacónica que decía “Muchas gracias, no se me ha perdido nada en Madrid”.

Hoy pienso que, en aquel breve viaje a Madrid, recordó o, al menos, percibió o comprendió en toda su extensión vital, una verdad que siempre había habitado en él y que cabría explicar evocando el célebre aserto de Ludwig Wittgenstein: “los límites de mi lengua son los límites de mi mundo” y es que, en Antonio, su mundo y su lengua se fundían con Sevilla.

Muchas gracias.

LA CÁDIZ DE PLATA FINA DE ANTONIO BURGOS

Por JOSÉ JOAQUÍN LEÓN
*Real Academia Hispanoamericana de
Ciencias, Artes y Letras de Cádiz*

“El mundo se divide en dos grandes partes: Sevilla y Cádiz”. Esta es una frase lapidaria que escribió Fernando Villalón, pero popularizó Antonio Burgos. Con su vida, con su obra y con su generosidad. Porque si algo fastidiaba a Antonio eran los mangazos. No soportaba que otros utilizaran lo que él había escrito sin respetarle la autoría. Y de ese modo Fernando Villalón fue reconocido y elogiado como autor de esa frase, que utilizaba con frecuencia Antonio Burgos, y que sigue siendo popular, casi un dogma de fe en Andalucía la baja. Pero se debe reconocer que yacía en el olvido hasta que la popularizó Antonio Burgos en sus artículos. Su mundo estuvo entre Sevilla y Cádiz.

¿Ese mundo estaba dividido, o no se dividió? Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que Sevilla y Cádiz no son dos partes de un mundo que se divide, sino que son un mismo mundo. El mundo consta de Sevilla y Cádiz, que son distintas, y a la vez forman parte de una misma entidad. Serían como Sevilla y Triana, que son dos partes de una misma ciudad. Aunque, en el caso de Cádiz, está un poco más lejos. Antonio Burgos supo ser una referencia del sevillanismo y el gaditanismo. A él se debe otra frase lapidaria: “La gente de Cai nacemos donde nos sale de los cojones”.

No se equivoque nadie por esa expresión. La Cádiz de Antonio era de plata fina. Con el tiempo, llegó a la conclusión

de que la ciudad de la gracia no era Sevilla, como escribió José María Izquierdo, en su divagación, sino que era Cádiz. Y que Sevilla era la ciudad de la guasa, que no es lo mismo. Esto nos daría para otras teorías, en las que no puedo profundizar aquí. En los escritos de Antonio Burgos, Sevilla es la ciudad de la gracia divina y macarena, y Cádiz es la ciudad de la gracia humana. En cuanto a la guasa sevillana, se representa como “una gracia de los malanges”, que se convierte en algo sin gracia. En Sevilla, algunos presumen de tener mucha guasa, y se interpreta con un doble sentido, “de colmillo retorció”. En Cádiz, y eso lo sabía Antonio, a los de esa guasa directamente se les llama “siesos”.

Entre las muchas aportaciones que le regaló a Cádiz, hay una inolvidable, que se ha quedado como un matrimonio eterno: el de Cádiz y La Habana. En sus populares “Habaneras”, Antonio Burgos estableció que “La Habana es Cádiz con más negritos”. Y que “Cádiz es La Habana con más salero”. Y se ha quedado como otra frase lapidaria. Lo compuso Antonio Burgos y lo cantó Carlos Cano. La amistad de ambos dio para mucho. También para que fueran pregoneros a medias del Carnaval de Cádiz en 1988. Ser pregonero del Carnaval de Cádiz no es como serlo de la Semana Santa de Sevilla, que también lo fue Antonio Burgos en 2008, ya que el despelleje en Cádiz es menor que en Sevilla. Y, además, en el Pregón del Carnaval incluso puedes cantar con tus amigos y pregonar a dúo, como hizo él con Carlos Cano. Yo, que soy el pregonero de la Semana Santa sevillana de 2025, no podría pregonarla aquí a dúo con Joaquín Caro Romero.

A ese respecto se debe añadir que en el Pregón del Carnaval de Jesús Quintero, “El Loco de la Colina”, se acuñó otra frase lapidaria: “En Cádiz hay que mamar”. Y, aunque la dijo Jesús Quintero, el autor era Antonio Burgos, que se mosqueó bastante porque el colega no mencionó al autor. Es lo que decía de los mangazos. De esos le dieron unos cuantos.

Su aportación al Carnaval de Cádiz quedó de manifiesto en el coro de La Viña, con el que ganó premios a finales de los 80 y principios de los 90. La música era obra de su compadre, Antonio Martín, célebre autor de comparsas. Pero las letras eran de Antonio Burgos, que firmaba con el seudónimo “La Agrupación”. No quería aparecer como autor, con su nombre, en lucha

contra Julio Pardo y otros coristas. Pero, con el tiempo, se aclaró, sin dudas, que “La Agrupación” estaba formada por Antonio, por Burgos, y por Belinchón, o sea por él mismo, que escribió unas letras inolvidables.

Solía decir Antonio que Cádiz se había portado mejor con él que Sevilla. Es lo de siempre. Pensamos que nos tratan mejor en la ciudad de la que nos enamoramos que en la que nacimos. Afirmaba que en Cádiz lo habían tratado con más cariño. Allí el Ayuntamiento lo nombró Hijo Adoptivo de la Ciudad en 2002, de lo que estaba muy orgulloso. Y más aún de que le dedicaran el Paseo de Antonio Burgos, que está frente a la playa de la Caleta, junto al castillo de Santa Catalina, y con las puestas de sol más bonitas del mundo en el horizonte.

Con el tiempo, le concedieron el título de Hijo Predilecto de Andalucía, en 2020, y ha tenido reconocimientos en Sevilla. En realidad, fue un referente en ambas ciudades. Sus reticencias con ciertos tratos recibidos en Sevilla se debían a que siempre estuvo en guardia frente a los cobardes, los envidiosos y los traidores, y frente a los hipócritas de la “ojana” en flor.

¿Y cómo era la Cádiz de Antonio Burgos? Era una Cádiz idealizada por la distancia y la nostalgia. A mí, que vivo en Sevilla, me pasa lo mismo. Cádiz se ve muy bonita desde fuera. Cádiz desde Rota y desde El Puerto de Santa María es una preciosidad. Cádiz desde Sevilla es como un sueño al que se llega por la autopista, que ya no es de peaje y está llena de camiones, aunque desearíamos ir a través del río. El Guadalquivir desemboca en Sanlúcar, a donde traslada un recuerdo de Triana, pero no se queda quieto frente a Doñana, sino que sigue adelante, y acaba realmente en Cádiz. Por su parte, Cádiz es una isla, cuya salida por tierra y mar conduce los sueños de libertad hacia Sevilla.

La Cádiz de Antonio Burgos tenía algunos ecos de José María Pemán, que vio a Cádiz como un amor, como “señorita del mar” y “novia del aire”, “un poco peruana y un poco genovesa”. Burgos escribe de una Cádiz idealizada, de bergantines y goletas que vuelven de La Habana o del Callao, de Veracruz o de Cartagena de Indias, en un sueño de indios, cargado de riquezas para esos antiguos mercaderes gaditanos que vigilan los barcos desde las torres miradores y los esperan en el muelle. Trasladaron

en el siglo XVIII la Casa de la Contratación de Sevilla a Cádiz, y originó una rivalidad entre ambas ciudades. Rivalidad de mentirijillas. Con el paso del tiempo se arruinaron las dos, y se perdió América, y se hundió hasta el barco del arroz.

La Cádiz de Antonio Burgos también era la más popular. La Cádiz del barrio de la Viña, con la Virgen de la Palma, que paró un maremoto en plena calle. Y con la gracia de sus chirigotas, con los cuplés del 3x4, que escribía un albañil en la mesa de mármol de un mostrador con media limeta de fino de Chiclana y un cartucho de cazón en adobo. La Cádiz del Mentidero, que espera a que sea julio para ver a la Virgen del Carmen por la Alameda. O la Cádiz del barrio de Santa María, donde los gitanos soñaban con la madrugada para cantarle una saeta al Nazareno. En la calle Jabonería o en la cárcel, que es donde se inventaron las saetas carceleras, según algunos flamencólogos. Allí las familias del cante, como los Ortega, se dividían ya entre los parientes que vivían en Cádiz o en Sevilla, y era lo mismo, porque ya digo que no son dos partes del mundo, sino que es la misma parte. Una con mar y otra con río, pero las dos dicen me río de Janeiro y de lo que haga falta. Con gracia o con guasa.

Antonio Burgos terminó siendo más de Cádiz que el faro de las Puercas, que a pesar del nombre está muy limpio por el mar. O del faro verdadero, que le guiña a su paseo en la Caleta, para que se quede su recuerdo permanentemente en el mar, donde el tiempo se muere con cada ola.

La doble nacionalidad sevillana y gaditana se la tenía ganada a pulso. Yo también la practico. Por eso, para terminar, les diré que, para mí, *Sevilla en 100 recuadros*, de Antonio Burgos, es uno de los evangelios de la sevillanía, junto con *Sevilla en los labios*, de Joaquín Romero Murube; *La ciudad*, de Chaves Nogales, y el *Ocnos*, de Luis Cernuda. Además del *Divagando por la ciudad de la gracia*, de José María Izquierdo, que siguiendo a Antonio se hubiera podido titular también como *Divagando por la ciudad de la guasa*.

Aunque yo creo firmemente que en Sevilla no sólo hay guasa. Hubo, hay, y habrá mucha gracia, divina y humana, como puede comprobar cualquiera que lea un recuadro de Antonio Burgos.

ANTONIO BURGOS, LA CREACIÓN DE UN PARADIGMA DE SEVILLA

Por IGNACIO CAMACHO LÓPEZ DE SAGREDO
Académico de la RASBL

No existe para un escritor, y no digamos para un periodista, mayor timbre de gloria que el de haber logrado forjar el canon de un estado de conciencia colectiva. Ése es el gran legado de Antonio Burgos que permanecerá para siempre en la historia de Sevilla: la creación de un paradigma sentimental, estético y cultural a través del cual la ciudad ha aprendido a mirarse a sí misma. Un modelo que recoge la brillante tradición de Izquierdo, de Montoto, de Chaves Nogales, de Cernuda, de Romero Murube, de Montesinos, para fundirlo en una impresionante producción escrita donde los sevillanos de las últimas cinco décadas han encontrado el reflejo de su propia manera de entender la vida. Una aportación monumental a la memoria urbana, un registro minucioso y cabal de los secretos que la Vieja Dama esconde entre los pliegues del tiempo; un formidable espejo sthendaliano de la identidad emocional y social de un pueblo.

Burgos fue mucho más que un escritor costumbrista, esa etiqueta, aplicada también por cierto a Larra, con que ciertas élites petulantes han tratado a veces de desdeñar su condición literaria. Fue, es, el creador de un concepto de la ciudad contemporánea. El de Sevilla como utopía, como ensoñación, como territorio mítico, como leyenda, como quimera abstracta escon-

dida entre los ásperos y a menudo decepcionantes avatares de su realidad cotidiana. Una Sevilla aspiracional, idealizada, casi mágica, construida con los materiales de la memoria, la experiencia y la nostalgia, buscada y encontrada más allá de los lugares comunes de su imagen de marca; un anhelo melancólico latente al fondo de la aculturación, de la tematización turística, de la voracidad especulativa, incluso del ombliguismo y la pequeñez localista. Una Sevilla inmanente, enterrada bajo los signos triviales de la posmodernidad, que cada Semana Santa se reconstruye y resucita, como aquellos monjes de la leyenda de Bécquer, para ofrecerse en el esplendor de su plenitud prístina.

De manera consciente o subliminal, la Sevilla de Burgos es la nuestra, la que sus coetáneos hemos aprendido a conocer de su mano, pero también la de esos antecesores literarios cuya herencia administró en régimen de mayorazgo. A través de sus secciones en el diario *ABC*, “Casco Antiguo” y “El recuadro”, puso en marcha una especie de observatorio urbano donde cualquier clase de novedad, incidente o simple rasgo de interés quedó registrado como en un inventario. Personas que nunca leyeron a Murube, a Montesinos o a Chaves los conocieron a través de Burgos sin saberlo, reflejados en el espejo que cada día proyectaba la imagen depurada de un sevillanismo militante, apasionado, esencialista, irredento. La noción de la ciudad como templo donde se rinde culto a un misterio basado en la existencia de un patrimonio artístico e inmaterial imperecedero. Y todo ello transmitido mediante el ejercicio del compromiso testimonial del periodismo como relator de un proceso de evolución comunitaria contado en tiempo real, con los ojos bien abiertos y el oído pegado al suelo donde los pasos de los sevillanos resuenan como un eco.

En ese sentido la Sevilla de hoy, y tal vez también el Cádiz de hoy, son en buena parte una construcción intelectual de Antonio Burgos. Las miramos con su mirada, las criticamos con su crítica, las ponderamos con su pasión, las sentimos con su sensibilidad, las medimos con su medida. Su influencia ha sido inmensa a la hora de levantar no sólo una cartografía sentimental, un mapa de huellas afectivas o un tratado de filosofía íntima, sino también un estado de opinión sobre el modelo tradicional

de ciudad, sus claves históricas o su transformación urbanística. Por eso sus colegas le llamábamos maestro, término que solía rechazar alegando con humor que el único magisterio que reconocía digno de tal nombre es el de Curro Romero. Pero lo era, vaya si lo era: por su estilo, por su fibra moral, por su tenacidad profesional, por su ingenio, por su instinto perceptivo, por su talento multifacético. Por su vocación entregada, por su coraje civil, por su insobornable independencia de criterio. Y porque sólo un maestro puede lograr que sus conciudadanos interioricen como propias las claves de su pensamiento.

Pero cualquier semblanza de Antonio quedaría incompleta si, además de su fundamental aportación a la visión actual y el imaginario colectivo de Sevilla, olvidase o pretiriese su labor pionera en la conformación de una conciencia regional, de un sentimiento andalucista. En ese sentido, *Andalucía, ¿tercer mundo?* fue un ensayo crucial en el surgimiento de una voluntad de regeneración y de lucha contra el subdesarrollo que habría de resultar decisiva en el posterior proceso de construcción de la autonomía. Desde la antigua A.S.A. o la asociación Compromiso Político, todavía en las postrimerías del franquismo, contribuyó a rescatar —junto a Alejandro Rojas Marcos, Luis Uruñuela, José María y Diego de los Santos, Enrique Iniesta y otros precursores del regionalismo—, el testamento ideológico de Blas Infante y José María Osuna como símbolos sobre los que levantar un impulso reformista contra la marginación de Andalucía en el incipiente diseño de la democracia. Esa vindicación, ese activismo está también presente en su faceta de novelista, como componente del grupo de escritores cuya eclosión editorial en los años setenta hizo del Sur un territorio narrativo elevado a la categoría de mito. Era andaluz por sevillano y viceversa; sin identitarismos excluyentes, sin el narcisismo folklórico ni esa vocación de comparsa de un espectáculo que sorprendió a Ortega. Un andaluz claro, como Sánchez Mejías, un regeneracionista desengañado, rebelde ante los estereotipos, dolorido por el eterno menosprecio con que hasta los propios andaluces contemplamos a nuestra tierra. Y un liberal que soñó en vano con una burguesía ilustrada capaz de impulsar el cambio de mentalidad que la Historia ha dejado siempre a medias.

Esa profunda convicción vernácula ilumina y explica su apuesta vital por Sevilla. A Madrid hay que ir pero no hay que irse, solía decir para explicar su renuncia a la inevitable tentación capitalina. Sevilla fue su alfa y su omega, el lugar desde el que contemplar e interpretar España y el mundo sin renunciar a la herencia cosmopolita de una civilización forjada por Roma, el Islam, América y Castilla. Y por ese orgullo y esa vocación y esa fe pagó de buen grado el precio de incompreensión y de displicencia que a menudo exige el supremacismo cultural centralista. Lo bautizó como el otro IVA: el impuesto por vivir en Andalucía.

Permitidme para terminar, queridos amigos, que esta noche pondere en esta que fue su Casa la madurez insigne de su conocimiento, por decirlo con palabras de Federico. Porque, en efecto, tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, otro andaluz tan brillante y otro sevillano tan libre de espíritu. Y porque más allá del amigo perdido, este periodista nunca estará lo suficientemente agradecido a su ejemplo de excelencia en el oficio.

ANTONIO BURGOS, MI QUERIDO AMIGO

Por ENRIQUETA VILA VILAR
Académica de la RASBL

Tenía la inspiración de un gran escritor, la disciplina y la intuición de un estupendo periodista y el ingenio de un sevillano fino y apolíneo, que conocía su ciudad como nadie. Para mí ha sido el escritor que más se ha introducido en el alma de Sevilla, su gente, sus costumbres, su idiosincrasia y la ha cantado con conocimiento y hondura. Una de las facetas que más me llamaba la atención de sus “Recuadros” es que eran intemporales: dominaba la Sevilla viva de dos o tres generaciones y la describía como si hubiera estado presente con la tenacidad y el amor de un titán. Un día le pregunté que cómo podía escribir todos los días sobre una Sevilla tan variada y tan auténtica y su contestación fue una palabra: *¡oficio!* Efectivamente, su oficio del gran periodista que era.

Conocí a Antonio a principio de la década de los setenta cuando al poco tiempo de casarse con Isabel, su musa, su compañera, se fueron a vivir al mismo edificio en el que yo hacía ya unos años que habitaba con mi marido. Eran unos pisos que había comenzado a hacer la Asociación de la Prensa con las ganancias de la *Hoja del Lunes*, en condiciones muy ventajosas para los periodistas. El piso al que yo me mudé era de mi padre, que con el tiempo acabó siendo nuestro. Antonio e Isabel, bastante más jóvenes que nosotros, accedieron a uno de ellos mediante un alquiler a su compañero Manuel Ferrand y ahí comenzó nuestra

amistad aunque mi cariño por él venía de antes. Antonio, desde niño fue aficionado a los toros y escuchaba todos los lunes por la noche con su padre, según me contó luego, “El Toreo” una revista de tauromaquia que se emitía desde Radio Sevilla, luego la SER, a todas las cadenas nacionales. El fue uno de los pocos periodistas, si no el único, que nunca se olvidó de Enrique Vila. Desde sus famosos “Recuadros”, lo recordaba con bastante frecuencia y repetía con todo su ingenio cualquier latiguillo original de la revista que se sabía de memoria. Comprenderán mi mucho cariño por él, aún sin conocerlo. Más tarde siguió dándome pruebas de la admiración que sentía por el trabajo de mi padre, con un artículo antológico que escribió como epílogo de una edición facsímil que la Real Maestranza y *ABC*, editaron en 2010 de los cuatro primeros números de una revista literaria titulada *La Feria de Sevilla (1946-1949)*. Nuca se lo agradeceré bastante.

Al Antonio Burgos de los primeros años de nuestra amistad, no lo reconocerían ahora. Pelo y barba larga, oscura, como un guerrillero al estilo del Che Guevara. Algunas veces que me lo encontraba en el ascensor, a la vuelta de nuestros respectivos trabajos me decía con su conocida socarronería “ya ves, aquí vengo del *Pradva*”. Su muy querido periódico *ABC*, en el que lo fue todo durante muchos años. Le encantaban las tripas del periódico y la sala de máquinas. Era un periodista de vocación, con una pluma fácil y casi mágica y escribía como quería y de lo que quería.

Nuestros encuentros de entonces eran más o menos esporádicos hasta que su hijo Fernando, mi querido Fernandito, y mis dos hijos mayores, comenzaron a ir al mismo jardín de la infancia y se hicieron amigos. Fernando era un niño encantador y de una inteligencia poco común. Hoy es un padre de familia medio alemán, medio sevillano.

Y para acabar de completar los hechos que hicieron de mi amistad con Antonio parte muy importante de mi vida tengo que referirme a su influencia, que fue toda, en mi periodo como concejal del Ayuntamiento de Sevilla. Su amor a esta ciudad que la conocía como nadie, y a Andalucía en general, le hizo entrar en una pequeña asociación política contra la Dictadura, que luego sería el partido Andalucista, liderado por Alejandro Rojas Marcos al que le unía una profunda amistad. Él fue el que me lo presentó

y junto con mi marido me lanzaron a mi periodo político en el que tanto trabajé y tanto aprendí. Estoy convencida de que sin la intervención de Antonio, la tenacidad indestructible de los dos amigos y el interés de mi marido aquello no habría tenido lugar y yo me hubiera perdido unos de los periodos más interesantes de mi vida.

Ya he dicho antes que Antonio escribía de lo que quería y como quería. En sus numerosos libros toca todos los géneros: ensayo, novela, biografía o canciones. Pero su muy prolífica producción literaria estuvo dedicada, sobre todo, al periodismo. Sus múltiples, variados, ingeniosos y bellos recuadros, fue lo más conocido y leído de sus numerosos escritos. Pero a mí me gustaría detenerme en otros recuadros que al firmar con un pseudónimo, pocos sabían que eran de él. Me refiero al titulado “Casco Antiguo” que firmaba como “Abel Infanzón” y que se estuvieron publicando desde 1977 a 1985.

Como la mayoría de ustedes conocen (y ya ha dejado constancia de ello en su anterior intervención el Duque de Segorbe), era una página diaria en la que se describían, lugares desconocidos y olvidados de la historia de Sevilla, en defensa siempre de su patrimonio más vulnerable. Me consta que esa sesión de *ABC* ha servido como bibliografía para muchos grandes libros, como por ejemplo el muy útil y valioso *Diccionario de las calles de Sevilla*, aparecido en 1994 en tres gruesos tomos de un extraordinario interés, impulsado por el entonces Delegado de Fiestas Mayores, sr. Fernández Floranes y codirigido por nuestro secretario actual D. Antonio Collantes de Terán, que contaba con un grupo de profesores universitarios de primer nivel, entre ellos nuestro también compañero Dr. Reyes Cano. Y desde luego como inspiración para otros grupos que actualmente trabajan incansablemente por el mantenimiento del patrimonio, como la asociación ADEPA. De su colaboración con ADPA ya se ha hablado antes.

Siempre me he preguntado por qué Antonio eligió ese pseudónimo para su mostrar una Sevilla necesitada de defensa y de conservación de su patrimonio. El describe a su “Abel Infanzón” como un jubilado de Hacienda que pasaba sus horas libres paseando por Sevilla y al final de la jornada le llevaba al periódico una serie de papeles y dibujos que el periodista ordenaba y prepa-

raba para su publicación al día siguiente. Pura ficción. Está claro que, como todos ustedes saben, ese pseudónimo es el mismo que alguna vez usó D. Antonio Machado. Precisamente pienso que sería el “Abel Infanzón” que firmó aquella poesía de Machado en la que describe una Sevilla vieja donde se dormía el tiempo en palacios con jardines bajo un azul de conventos..., y después de seguir evocando la belleza de Sevilla reclama una Sevilla sin toreros ni gitanos... “Sevilla sin sevillanos, oh maravilla!!!”.

Creo que no hay nada que describa mejor el sentir de Antonio. Por eso termino haciendo una petición a mi querida Academia en la persona de su director: precisamente ahora que anda itinerante la magnífica exposición de los Machado preparada en esta casa y comisariada por dos académicos: d. Alfonso Guerra y dña. Eva Díaz, y que durante su estancia en Sevilla llegó a contar con más de 45.000 visitas. Mi petición es que se haga una publicación con páginas escogidas de la serie “Casco Antiguo” en colaboración con *ABC*.

Y puestos a pedir, solicitar del Ayuntamiento una calle para él ¿Cómo es posible que Antonio Burgos no tenga aún una calle en Sevilla? Hay que comenzar a promoverla YA.

BRINDIS A ANTONIO BURGOS

Por JOAQUÍN CARO ROMERO
RASBL

I

Lo escribe Lope de Vega
con sangre de Joseph-Hillo
y lo rubrica un martillo
de atarazana y bodega.
Aleph, thau, alfa y omega
de un sagrado patrimonio
que da anillo en matrimonio
y otra puerta al Arenal
y de costal a costal
viene de Argantonio a Antonio.

II

Quedó atrás la Mancebía,
la posada de Cervante(s),
los tiros a Blas Infante,
de Queipo la artillería.
Y frente a la sacristía
que convoca a la hora nona
nació ya con la Tizona
el émulo taumaturgo
de Sevilla: Antonio Burgo(s).
¡Fiesta en la calle Bayona!

III

Qué lejos Alcaraván
con *Palabra en el vacío*,
primer libro, primer río
de un sevillano Jordán.
Por calle Juan Rabadán
vuelve el poeta a nacer,
que con la luz del ayer
de un farol de cruz de guía
la Madrugada no enfría
las manos del Gran Poder.

IV

Ya no puede el corazón
dejar de ser carretero,
pues le dejó el pregonero
la huella de su pregón.
En el barco del carbón,
el Viernes más azulado,
hay un lirio desmayado.
Con romántica agonía
lleva la Carretería
su cuarto crucificado.

V

Tu sitio sigue vacío
y vacío seguirá,
pues nadie derribará
tu columna y tu albedrío.
Abel Infanzón, te envío
sombras de tu escaparate:
Cabriolas, el Bizco Amate
con el Múo de Santa Ana,
La Cheste, Vicente, Juana,
Antoñito y Sarasate.

VI

Gatos con cara de duelo.
¿En dónde Antonio se esconde?
Abro un libro y me responde
que está en Cádiz o en el cielo.
Lo sabe el diablo Cojuelo
que fue su mejor amigo.
A buen juez, mejor testigo.
No den más vueltas al ruedo.
Burgos está con Quevedo
bajo el Arco del Postigo.

VII

¿Y qué decir de Isabel,
que sin ti se queda sola,
como se queda la ola
en la orilla sin la piel?
Tú, Antonio, fuiste el bajel
que volvió a la atarazana.
El Arenal se engalana
porque ha nacido Fernando.
Y allí, en el puesto de mando,
Isabel de capitana.

VIII

Dédalo de procesiones,
de arlequines, de turistas
y mujeres alquimistas
panacea de corazones.
Antonio, tus opiniones
dieron cátedra al trabajo.
Cada recuadro, un atajo
de ida y vuelta permanente,
donde mandar a la gente
a la gloria o al carajo.

IX

Hoy trae la memoria mía
trío de ases de chapó:
Manolo Ferrand, tú y yo
haciendo el *Sevilla al Día*.
Tú ganaste la partía
con media lagartijera.
Y siempre el ABC espera
de recobrarte la suerte
y que vuelvas a ponerte
a Sevilla por montera.

X

A Sevilla por montera
con el toro en el toril.
De los carteles de abril
no quedaste, Antonio, fuera.
Toma tu pluma torera,
cíñete la taleguilla,
que ningún toro o vaquilla
te rocen la femoral,
que eres espejo y varal
de la historia de Sevilla.